

SUSCRICION

Madrid: 2 pesetas al mes; 6 id. trimestre.
Provincias: 7,50 id.
Extranjero y Ultramar: seis meses, 5 pesetas fuertes en oro.
Número suelto: una peseta 50 céntimos.

SUMARIO

I. La primavera del hombre.—II. La Virgen de la Novena.—III. Una historia triste.—IV. La virtud y el vicio.—V. La Virgen del Unterwald.—VI. La Instrucción.—VII. El jardín de la madrina.—VIII. Para los niños de los Jardines de la infancia.—IX. El perro.—X. Misericordia.—XI. Contra lujuria castidad.—XII. Délica y la Voluntad.—XIII. La vida.—XIV. Pensamientos.—XV. Teatros.—XVI. Crónica.—XVII. Bibliografía.—XVIII. Charada, solución á la anterior, y jeroglífico.

OFICINAS

Fuencarral, 3, principal
MADRID

No se sirve suscripción cuyo pago no se anticipa.
Anuncios y esquelas de defunción de niños á precios convencionales.

LA PRIMAVERA DEL HOMBRE

Somos plantas los seres racionales, que tenemos que sobrellevar mayor número de no satisfechas necesidades, que las que, llenas de hojas de verde color y de tallos heridos levemente por la brisa de los campos, son el más bello adorno de los prados y de las montañas.

Porque el hombre posee un espíritu cuyas aspiraciones son infinitas, como infinito es su origen, y tiene, por tanto, que sufrir las contrariedades originarias de vicios naturales é inherentes á su propio organismo.

Siente la necesidad de aspirar el aroma de las creencias, que es el aire moral que vivifica todo su ser.

Exije su naturaleza el riego purísimo de la fé, para poder vivir lozano y vigoroso entre el continuo vaivén de las pasiones sociales.

Y del mismo modo que la planta que brota en ameno valle, necesita en sus primeros instantes una tierra espléndida que le dé su sávia, el hombre ha menester una mano experta que le cuide y dirija en su camino.

Este es el oficio de la madre, ángel tutelar que Dios puso á nuestro lado para servirnos de guía en el camino que recorremos en los primeros años de la existencia.

¡Pobre de aquel á quien faltó este sostén, y nunca pudo pronunciar el dulce nombre de madre!

Será una planta raquílica y sin frutos de provecho. En la primavera de su vida, no producirá flores de delicados perfumes, de cambiados matices, de gallarda hermosura, de exuberante lozanía.

La primavera, esa estación del año que hace germinar las plantas al calor templado del sol del Mediodía; ese espacio de tiempo, durante el cual la naturaleza entera canta un idilio tierno y magnífico á su Creador; esa poética alborada en que percibimos el trino de las aves, el aroma de las flores, el murmurio del arroyo y las dulces cadencias de la brisa al pasar entre las hojas de los copudos árboles, es exactamente parecida á la primera edad del hombre.

Abrese la razón del hombre al primer soplo del aura misteriosa que le anuncia la conciencia de sí mismo, y llénase su espíritu de mil ideas de color rosado, que le alucinan por completo.

Todos los sentimientos nobles se agolpan á su corazón, y todas las ideas grandes á su cabeza.

Es que la sávia eterna é incomprensible que prodiga á sus hijos la Naturaleza, empieza á penetrar en el alma y á dar señales de su existencia.

Y no hay que dudarlo: de esta sávia regeneradora que tan altas concepciones engendra, quedan los frutos más tarde.

Podrán ser un tanto degenerados de su especie, y modificados por las preocupaciones, deberes y exigencias sociales; pero ellos aparecen.

Por eso la primavera del hombre debe ser estudiada con más detenimiento, con más ahínco, con más conciencia que las demás edades de su vida.

Desde el primer momento, por sus gustos é inclinaciones, échase de ver en cada uno lo que ha de ser en el porvenir.

Y en vista de esto, puede dirigirse la actividad de cada cual hácia el ideal que apetece.

Es preciso, sobre todo, que los niños amen la belleza de la Creación, porque en ella se refleja la omnipotencia de su Autor.

El próximo mes de Mayo, tendrá lugar en esta corte la *Exposición de flores y de aves*, organizada por la Sociedad protectora de los animales y de las plantas.

Esta benéfica institución no puede tener un fin más grande: hacer conocer al hombre el valor de la humil-

de florecilla que pisa desapercibido, y del microscópico insecto que aplasta bajo su planta. Conociendo su utilidad, se aprende á guardarlos de toda clase de ataques.

Pues bien: los niños, miembros futuros de la familia social, plantas en embrión, cuyos frutos son aún problemáticos, son los que mejor que nadie deben ayudar y prestar su apoyo á la Sociedad protectora de los animales y de las plantas.

Ellos están en la primavera de su vida; pueden mejor que otros seres connaturalizarse con la primavera de las plantas.

Esa ley eterna de la asimilización y de la simpatía une, sin género alguno de duda, al niño con la flor.

¿Qué es esta, sino el embrión del fruto?

¿Qué es aquel, sino el germen del hombre?

Únanse las flores y resultará un todo perfecto. Identifíquese al niño con la belleza y utilidad de todos los seres de la Creación, y será más posible la vida en el mundo.

Tal vez muchos males de los que nos afligen, provienen de oponernos á las leyes invencibles y sagradas que rigen la Naturaleza.

Corran estas y el hombre por el mismo camino trazado por el Criador, y desaparecerán muchos inconvenientes que se oponen á nuestra perfección en la tierra.

El hombre es el rey de la Creación, pero ésta no es esclava de él; el abuso se vuelve contra quien lo hace, y la Naturaleza suele tomar horribles venganzas de los que tratan de poner un dique á la marcha de su derrotero.

Enséñese, pues, al niño á apreciar el valor de la tierra que pisa, de la hierba que hiende con su pié, del perro que lame su mano y del ruiseñor á quien persigue en su nido, y de este modo resultará más tarde un hombre con conciencia de sus deberes y perfecto conocimiento de sus derechos.

No se olvide que esto debe hacerse en esa época feliz, en que todos los horizontes se ven muy despejados y de color de rosa; en que es pequeño el mundo para la inmensidad de las ideas que brotan en la mente:

La primavera del hombre.

JOSÉ NOVI Y PEREDA

LA VIRGEN DE LA NOVENA

VERSOS LEIDOS POR SU AUTOR
EN UNA FUNCION DADA EN EL TEATRO DE LA COMEDIA

Emilio Mário, empresario,
y artista de corazón,
siempre cede su escenario
para toda gran función
de glorioso aniversario.

Ayer, entre aplausos, suena
de Romea el alto nombre;
hoy santifica la escena
con la que es madre del hombre:
La Virgen de la Novena.

Mário se mueve y se agita;
á una dama ilustre invita
y á los vates que hay aquí.
En lo que no se acredita
es en invitarme á mí.

Crece la Congregación,
y se ve la devoción
que demuestran los artistas,
en la precipitación
con que se llenan las listas.

Todos los representantes
(que así se llamaban antes

los actores ó los cómicos),
hasta los más económicos,
entran á ser congregantes.

Y no haya miedo que ultrajen
la Imagen de su Patrona,
ni su mérito rebajen;
porque quieren á su Imagen
lo mismo que á su persona.

La miran entre arreboles,
y ante sus hermosos soles
van á rezar melancólicos;
que siempre han sido católicos
los actores españoles.

Y en este siglo, el error
cayó de su grande altura;
siglo civilizador,
que no le niega al actor
la cristiana sepultura.

Los que tienen la misión
de representar la buena
y la mala condición,
esos que pisan la escena
nobles y cristianos son.

Nobles, porque no hay nobleza
mayor que alzar la cabeza
ceñida de una corona:
timbre de honor que pregona
del talento la grandeza.

Cristianos, porque también
tienen en el escenario
los cómicos su calvario,
donde sufren el desden
ó las iras del sicario.

Y si fuera de la escena
sienten pena y adicción,
¿qué mucho que aquella pena
la trueque en dulce emoción
La Virgen de la Novena?

Una Catalina Flores,
actriz de mérito y fama,
cuentan los historiadores,
que al verse postrada en cama
presa de agudos dolores,

Ante la Imagen se inclina,
y, «¡A tí sola me consagro;
¡cúrame, madre divina!»
dijo, y se operó el milagro
y se curó Catalina.

Cundió el milagro patente
entre la asombrada gente
de la coronada villa.
Todo el mundo fué creyente,
y se fundó la capilla.

De entonces, con tierno afán,
á rendirle culto van
con firme y segura planta,
á la iglesia sacrosanta
del mártir San Sebastian.

Mas, ¡ay, Dios! que el rostro santo
de esa Imagen milagrosa,
trae á mis ojos el llanto,
á la par que cariñosa
me consuela en mi quebranto.

Esa Virgen guardó un día
el lecho donde yacía,
cual si estuviera dormido,
el cuerpo mudo y tendido
del padre del alma mía.

Al verla, elevo mis preces,
y apuro con honda pena
el cáliz hasta las heces.
¡Bendita sea mil veces
La Virgen de la Novena!

RICARDO DE LA VEGA

UNA HISTORIA TRISTE

Los unos todo, los otros nada; ¿cuál es el misterio que encierra la existencia?

Almas venidas al suelo

Para llorar y sufrir,

Tended las alas al cielo,

Que está el templo del consuelo

Tras las nubes de zafir.

¡Ah, sí! Dichoso el que apura en este valle de amargura con santa resignación su copa de lágrimas; ¡lágrimas benditas que fecundan palmas inmortales!

Antonio Allegri nació en Correggio, ciudad de Italia, en 1494. Sus padres eran pobres; sus padres bajaron el uno en pos del otro á la tumba y le dejaron abandonado.

Antonio había nacido pintor, y fué pintor sin maestro y sin modelos.

A veces, mientras imploraba la caridad pública sentado en un ribazo del camino, trazaba sobre la arena mil caprichosas figuras, ó las trazaba sobre las blancas paredes con un poco de carbon, que constituía su tesoro.

A los ocho años, pareció mitigarse el rigor de su fortuna.

Un tío suyo tuvo lástima de él, y aunque también era pobre, lo llevó consigo á Parma.

Allí intentó hacerle seguir su mismo oficio de cerrajero, pero si bien Antonio, tímido y sumiso, quiso complacerle, no pudo apagar la llama del genio que le abrasaba el alma.

Un día, la casualidad le condujo delante de un cuadro de Rafael.

Quedó extasiado al verle, le contempló largo tiempo en silencio, y luego exclamó con un arranque de entusiasmo:

—¡Yo también soy pintor!

Desde aquel instante quedó fijado su destino.

Compró un pequeño lienzo, algunos pinceles y colores, y se entregó por completo á su estudio favorito. Pintó; pintó noche y día con un ardor infatigable, y su primer obra fué digna de su genio.

Pero toda su energía, toda su arrogancia le abandonaban al atravesar el umbral de su estudio. Dentro de él, solo, y frente á frente con el arte, era un grande hombre, de mirada atrevida, de voluntad de hierro; en el comercio de los hombres era pusilánime y encogido.

Ofreció su obra á los compradores con acento humilde, con ademán suplicante, y apenas le dieron lo suficiente para comprar otro lienzo.

Lo mismo le sucedió en el porvenir, y sus cuadros, tan buscados en el día, vendidos á tan alto precio, él los dió casi por nada.

¿Es que desconocía su propio mérito? ¿Es que no tenía arte para hacer valer sus obras, ó que su modestia, quizás excesiva, degeneraba en pueril apocamiento?

Apenas tenía veinte años, y ya su salud empezó á quebrantarse, minada por las privaciones y las vigiliadas.

Quiso volver á respirar el aura de su país natal; quiso ir á orar sobre la sepultura de sus padres.

Al cumplir este último deber, halló arrodillada sobre la misma humilde tumba á una tierna niña.

Era una prima suya; pobre como él, huérfana como él. ¿La amó?

Los sombríos cipreses del cementerio recibieron los primeros juramentos de aquel amor, que debía ser tan triste y sombrío como ellos.

Antonio cifró en Carolina todos los afectos de su alma, de su alma sedienta de ternura, soli-

taria desde que había empezado su peregrinación sobre la tierra.

Se casó, tuvo hijos, y á pesar de que trabajaba con indecible afán, vió bien pronto á la escuálida miseria asomar por el dintel de su bohardilla.

Probo y honrado, incapaz de deber el sustento más que á sí mismo, abandonó la ciudad y se refugió en un humilde pueblecillo.

Y entonces, el grande hombre, el príncipe de los pintores de su siglo, vivió oscuro, ignorado, yendo á los mercados de los pueblos vecinos en busca de compradores para sus sublimes cuadros, procurándose de este modo el negro y escaso pan de cada día.

Alguna vez volvía contento á su cabaña con el mezquino producto de sus ventas; otras, las más, volvía cabizbajo, lleno de amargo consuelo, trayendo sobre sus hombros el magnífico cuadro desdeñado por una turba de ignorantes mercaderes.

Y volvía sin pan para sus hijos, que le esperaban agrupados en la puerta de su choza, y con la triste expectativa de verlos luchar durante muchos días contra el hambre y la miseria.

No obstante, Antonio tenía un consuelo: si era pobre en bienes de fortuna, era muy rico en amor; sus hijos le querían con pasión; su mujer le idolatraba.

Amar y ser amados: ¿no es esta la mayor dicha á que puede aspirar un alma?

Pero la fortuna le acibaró hasta esa dicha.

De sus cinco hijos perdió sucesivamente tres; y su mujer cayó enferma.

Una noche... Era una noche oscura y tempestuosa; Antonio velaba junto al lecho de la amada de su corazón, cuando llamaron á la puerta.

Era un monje Carmelita, extraviado entre los bosques, que pedía un asilo.

Antonio, aunque tan pobre, era la providencia de los pobres, y su infinita caridad contribuía no poco á aumentar su angustioso estado.

Hizo entrar al monje, le dió pan y queso... ¿cuánto poseía!... y no teniendo cama, salió á buscar un poco de heno y lo puso en el reducido chiribitil en donde estaban amontonados sus cuadros.

Cuando rayó el alba, el monje, varón ilustrado é inteligente, vió surgir de entre las sombras y multiplicarse á su alrededor mil caprichosas figuras... Dejó escapar un grito de asombro; creyó que soñaba todavía.

Pero brilló el sol, y todas aquellas figuras se iluminaron, resplandeciendo de belleza y majestad.

El monje las examinó largo tiempo en silencio; luego corrió á buscar á su huésped y le preguntó con el más vivo interés por qué se hallaban en su poder aquellos cuadros.

—Son míos, dijo el artista bajando los ojos.

—¿Cómo! exclamó el monje sonriendo. ¿Queríais hacerme creer que sois vos el autor de esas obras admirables?

Las mejillas de Antonio se tiñeron de carmin. Por segunda vez resonó dentro de su alma aquella voz que le había hecho exclamar delante del cuadro de Rafael: *Yo soy también pintor.*

Cogió al monje de la mano, y le arrastró consigo hasta el taller.

Allí, delante de él, trazó sobre el lienzo algunos rasgos sublimes, con mano firme, con la inspiración pintada en el semblante.

—Seguidme á Parma, exclamó el monje, transportado de entusiasmo; llevad cualquiera de esos cuadros, y el prior de mi convento os dará por él una suma tal, que os ponga para siempre al abrigo de los desdenes de la suerte.

Antonio cayó de rodillas, lloró... ¡el placer le ahogaba!

Abrazó lleno de júbilo á su mujer y á sus hijos, y siguió al monje.

Este cumplió su promesa; el prior del convento, extasiado al ver la magnífica obra del artista, le dió un saco lleno de oro.

Un saco lleno de oro: ¿lo oís?

¡A él, tan pobre, tan desvalido!...

¡Creyó volverse loco de alegría!

Sus hijos ya no carecerían de pan; no carecería de medicamentos su amada Carolina.

Su primera acción fué correr á la iglesia, dando gracias á Dios por tan inesperado beneficio...

Luego, pensó que todos los instantes que tardase en volver á su casa retardaría el gozo de su familia...

Ya se figuraba de antemano oír las exclamaciones de su mujer, las risas de sus hijos...

Se puso otra vez en camino.

Era en Agosto; iba á pie, de prisa, y el saco pesaba horriblemente...

Cuando llegó á la puerta de su cabaña, halló á su mujer y á sus hijos que le esperaban.

¡Ay, que les traía la fortuna; pero el dolor con ella!

Quiso sonreír y no pudo; cayó exánime sobre una silla; á los pocos instantes había muerto.

Había muerto con el consuelo de no dejar en el desamparo á su familia; pero sin saber positivamente que era uno de los más grandes pintores de su siglo.

¿Qué importa? Había sido virtuoso, honrado, caritativo, en medio de su pobreza.

Cuando voy al Museo y contemplo los magníficos cuadros del Correggio, no puedo menos de exclamar con el poeta:

Almas venidas al suelo

Para llorar y sufrir,

Tended las alas al cielo,

Que está el templo del consuelo

Tras las nubes de zafir.

ÁNGELA GRASSI

LA VIRTUD Y EL VICIO

DOLORA

EL VICIO

Desenfrenado, desnudo, vivo;
finjo la dicha, mato la fé;
el mundo entero me rinde culto;
¡Soy el placer!

LA VIRTUD

Yo soy modesta, soy recatada;
yo doy la gloria, yo doy la paz,
yo doy al hombre poder y ciencia;
¡Soy inmortal!

EL VICIO

Yo seco el alma, destruyo el cuerpo;
voy gangrenando la humanidad....
yo soy hediondo, soy repugnante;
soy un engendro de Satanás.

LA VIRTUD

Yo doy al alma dulce consuelo;
por mi camino se llega á Dios;
soy, como todas las de su mano,
obra perfecta del Creador.

RICARDO SEPÚLVEDA

LA VIRGEN DEL UNTERWALD

LEYENDA FANTÁSTICA

POR

AURELIANO COLMENARES

(Continuacion).

Con efecto, el primer día de su llegada al alcázar, la condesa reposó tranquilamente; las fatigas del viaje, el ambiente puro y embalsamado del campo, hicieron llegar á sus ojos el sueño apenas tendieron su manto las negras sombras de la noche.

Pálida, ojerosa, con su pequeña boca entreabierta, descansaba muellemente sobre su lecho de blando y finísimo vellón.

Parecía que narcotizada, se entregaba á los dulces placeres de un sueño embriagador.

Y así era, porque aquella noche la condesa soñaba que era madre de una hermosa niña; todas las Hadas se disputaban el ser la madrina, cada una de ellas le había dado un don, por lo que había salido un ser lleno de perfecciones y talento. Esto soñaba con embeleso Margarita, á la par que todo aquel armonioso conjunto de líneas elegantes y airoas de su cuerpo, parecía agitarse por sentimientos dormidos, mezcla confusa de impulsos, de éxtasis y de sombras, de deseos indefinibles.

De pronto, pareció estremecerse cual si un triste pensamiento la hubiera embargado súbitamente. Tembló aunque ligeramente, no tanto que Gustavo, que la estrechaba la mano contra su corazón, dejara de apercibirse de aquella extraña y repentina mudanza.

Margarita dejó caer sus brazos.

Un sudor frío brotaba de sus sienes.

—¡Margarita! ¡Margarita! exclamó el conde lleno de alarma y temiendo fuera un accidente.

La condesa despertó.

—¿Soñabas? le preguntó con acento lleno de ternura.

—Sí, primeramente de una manera deliciosa. ¡Si supieras que feliz me sentía! pero después..... añadió suspirando y deteniéndose repentinamente, cual si se arrepintiera de lo que iba a decir.

—¡Después!

—¡Oh después!

—Sí, después, dijo Gustavo con inquietud, he creído que te estremecías y he tenido miedo.

—¡Miedo tú! ¿Y de qué?

—Miedo por tí, Margarita. ¡Porque te amo! Y dando á estas últimas frases toda la entonación y expresión de los sentimientos que se revelaban en su alma y reflejaban en su mirada llena de pasión, acercó á sus labios la blanca mano de su esposa, imprimiendo en ella un beso.

—¡Tonto! le dijo Margarita, sonriendo con amor.

—Ahora, ¿estás mejor?

—Oh, sí, mucho mejor; solo me pesa el que no me hayas dejado soñar más.

—Lo siento, si tan bueno y tan dulce era tu ensueño.

—¡Bueno, dulce! de todo tenía.

—Entonces, si había pasado lo dulce y estabas saboreando lo amargo, ¿hiciste bien en despertarte?

—Sí, más... hubiera querido apurar hasta lo último esta amargura. ¿A veces no crees tú que los sueños son un aviso del cielo?

—Margarita, ¿por qué dices eso?

—Ya lo sabrás... ¿Es ya de día?

—Sí.

—El conde abrió la ventana del dormitorio de su esposa, por donde penetraron instantá-

neamente los rayos de un sol brillante sobre un cielo azul, impasible, sin una mancha que lo empañara.

—Pues, entonces, añadió Margarita, voy á vestirme, bajaremos al bosque y allí almorzaremos.

—Sea como tú quieras; pero aún es temprano; apenas del sol calientan sus rayos y no creo te conviene madrugar tanto.

—¡Cómo! ¿No has dormido en toda la noche?

—He estado á la cabecera de tu lecho.

—¿Tan mala me crees?

—No, no es eso, querida mía.

—¡Oh! si es así, permíteme que te diga que te equivocas; estoy bien, muy bien, mira si no qué colores asoman á mis mejillas.

Y diciendo así, señalaba con su viva mirada á un hermoso espejo que había en un tremol colocado en la alcoba, en el testero fronterizo á su lecho.

El conde, en efecto, miró á su esposa radiante de alegría y debió decirse para sí: (¡Qué bien he hecho en traerla aquí! ¿La habré salvado?)

—¿Vamos, la dijo, puesto que estás contenta, no sería mejor que en vez de levantarte tan temprano, contaras á éste pobre viejo que tanto te ama, lo que causa en estos momentos esa alegría?

—¿Tú viejo, Gustavo mío?

—Tú tienes, Margarita, apenas cumplidos treinta Años, mientras que yo no volveré á ver los cincuenta.

—¡Siempre esa eterna manía en echarme en cara que tengo pocos años! ¡Jesús, Señor! ¿Por qué no habré yo nacido antes?

El conde sonrió de la sencillez de estas palabras, y cogiendo entre las suyas las manos de Margarita, la dijo con ternura:

—Cuéntame ese ensueño de placer y de dolor que te ha dominado toda la noche.

—¡Impaciente!

—¿Qué quieres?

—Espera que coordine mis ideas; é incorporándose en el lecho pidió á su esposo un abrigo, que se echó sobre sus mórbidos hombros, y después dijo:

—Escucha, tú no ignoras cuánto te amo; así es, que comprenderás cuánto debe haber padecido mi espíritu al adivinar que tú sufrías y conocer que la causa de tu dolor era yo sola.

—¡Margarita...!

—Déjame concluir. Caricias, ruegos, deseos, todo ha sido inútil para saber la causa de ese hondo pesar que en vano intentabas ahogar entre el lujo de nuestros salones y las diversiones de la corte, con que querías distraer á tu Margarita; y digo creías, porque mientras tú pensabas que yo me divertía, buscaba en tu mirada la viveza que en otro tiempo había sido mi encanto, en tu canoso cabello, entre el cual habían jugueteado más de una vez mis dedos, el resplandor del oro, y en tu boca silenciosa esa sonrisa que ahora me envías. Nada de esto hallaba, y comprendí que una pena encarnizada se apoderaba de tí, por más que tú te esforzabas en ocultármela; y como el deber de una esposa que ama á su marido y que le ama como yo te amo, es el velar por su ser amado, me resolví... te vas á reír de la idea tan presuntuosa que tuve, me decidí, lo crearás, á estudiar tu corazón.

—¡Margarita mía!

—¡Oh, y ¿no me fué difícil en ser la dueña absoluta de todos sus secretos?

—¿Secretos para contigo? No.

—Entonces comprendí cuanto pasaba en tu alma, me acordé de la Virgen, oré; la madre del divino Redentor oyó mi ruego y esta noche...

La condesa bajó los ojos sonriendo, y calló por un instante.

—Esta noche... repitió Gustavo con impaciencia, y no comprendiendo el por qué se ruborizaba Margarita.

—¿No lo has comprendido todavía? Contestó la condesa, echando sus brazos al cuello de su esposo.

—¡Oh sí, sí! ¡Margarita eres un ángel!

Aquí el anciano detuvo su relato para remojarse su garganta con un sendo trago de rico vino del país.

Yo le escuchaba con gran interés sin perder el menor detalle, porque deseaba encontrar un asunto con qué embadurnar algunas cuartillas, y el que la casualidad me había deparado en aquella noche proporcionaba mucho campo á la pluma.

Después, el abuelo de Luisa, sacando un pañuelo muy grande de yerbas, se limpió los labios, y continuó su relato con acento mesurado.

Lo que dijo será objeto de un nuevo capítulo.

(Se continuará.)

LA INSTRUCCION

La instruccion, mis jóvenes lectores, es la antorcha que alumbra á la humanidad, es la esplendorosa estrella que la guía por los ásperos y difíciles senderos de la vida. ¡Asombra verdaderamente, el pensar lo que el hombre ha llegado á saber, desde las primitivas edades hasta la civilización actual! No siendo menos de admirar lo que ha hecho en la ciencia y en el arte. Puede muy bien decirse, que ha dado pasos de gigante, y en todas sus obras ha demostrado que hay en su ser algo divino, algun destello de la suprema inteligencia.

Hoy que el sol de la civilización esparce sus vivísimos resplandores, desvaneciendo las sombras del error y de la ignorancia; hoy que toman tan alto vuelo las ideas; hoy que tan conocida es por todos la influencia de la instruccion, porque proporciona el bienestar y el engrandecimiento de las naciones, vamos á permitirnos conversar por muy breves instantes con nuestros jóvenes lectores, encareciéndoles las ventajas de la instruccion y males que acarrea la ignorancia.

Nada, pues, más provechoso para vosotros que la instruccion, que elevando la inteligencia, os arma contra las pasiones corruptoras que usurpan el nombre de nobles y elevados sentimientos. Porque, tenedlo presente, si desde la infancia demostráis deseos de ilustraros y de aprender todo aquello que os pueda ser útil, llegareis con el tiempo á ocupar un puesto distinguido en la sociedad, siendo á la par ciudadanos honrados, trabajadores, ilustrados y útiles á la patria.

Las ideas adquiridas en la infancia no se pierden jamás; son el norte de nuestras acciones.

El que desde niño demuestra deseos de aprender é ilustrarse, sabe pensar, y cobra afición al trabajo y al estudio, y este no se le hace duro ni pesado, puede esperarse algo; lo que sabe le hará desear aprender más; la lectura de un libro le hará anhelar la lectura de otro; se aficionará á la conversacion de personas que sepan más que él, porque hallará ocasion de aprender; y podrá discernir el bien y el mal, y habiendo apreciado los beneficios de la instruccion, será su primer cuidado, cuando sea padre, enviar sus hijos al colegio, y tendrá la ventaja de poder cerciorarse por sí mismo, de si adelantan y tienen capacidad y afición al estudio.

Muchas veces habreis oído decir á pobres gentes respecto de sus hijos: «Para ser pobre, para la suerte que le ha tocado en el mundo, no necesita ciencia, sino paciencia; con saber manejar la azada, ó el escoplo, ó la sierra, tiene bastante.»

Pero están en un grandísimo error; precisamente el que nace pobre, tiene la imprescindible obligación

de instruirse todo lo posible, de aprender, porque este es sin duda alguna el medio más honroso de salir de pobre, y la historia nos ofrece á cada paso provechosos ejemplos de hombres salidos de la clase más infima del pueblo, que al morir han dejado un nombre glorioso á sus hijos, mucho más glorioso quizás que el mejor título de nobleza; que los títulos de nobleza que han de buscarse con ahinco y fé son los que dan la probidad y el trabajo.

¿De qué le sirven á un aristócrata cargado de blasones sus timbres y pergaminos, si es un ignorante?

La verdadera aristocracia es la de la virtud y el talento.

Pero no hemos de negar por esto, que hay aristócratas de gran talento y de vastísima instruccion. España conserva gratisima memoria del duque de Rivas, del marqués de Morante, del marqués de Valdegamas, y otros insignes patricios, honra de la nobleza y del país entero.

El pobre ignorante es siempre materia dispuesta para todos los vicios y todas las malas pasiones. Es envidioso por su misma impotencia; es terco porque no es capaz de discutir con razones, ni tiene una sola que oponer á las de los demás; es violento é irritable por lo mismo que tiene la evidencia de su ignorancia, y no hay en él ideas de rectitud ni de moralidad, y en religion, ó es completamente ateo y no cree ni en Dios ni el diablo, como vulgarmente se dice, ó es un fanático capaz de creer en brujas y duendes, ofendiendo á Dios á todas horas, creyendo él que le sirve muy rendido.

La ignorancia, dice Franklin, es prima hermana del delito, y la experiencia nos enseña que las mayores atrocidades y los crímenes más horrendos se perpetran casi siempre por hombres sin instruccion: las estadísticas penales de todos los tiempos y de todas las naciones confirman esta verdad.

No debemos perder de vista, que así como los hombres puestos en campo raso, son todos iguales sin diferencia de castas ni jerarquía, han sido todos dotados de las mismas facultades intelectuales, y que muchos, nacidos en humilde cuna, no necesitan más que ser iniciados en el camino que conduce al templo de Minerva, para adquirir con prodigiosa rapidez una fama imperecedera, y eclipsar el esplendor de otros muchos criados bajo dorado techo. Para esos séres privilegiados cada letra que aprenden en su cartilla se convierte en una chispa eléctrica, que da cada vez más fuerza y brillo á los destellos de su elevada inteligencia.

Nos dan un claro testimonio de ello Eurípides, insigne poeta griego, que fué su madre una verdulera; Rousseau, hijo de un relojero; Shakespeare, hijo de un carnicero; Molière, que fué sastre; Demóstenes, hijo de un herrero; Virgilio, hijo de un posadero; Rollin, hijo de un cuchillero, desprovisto de toda especie de recursos; D'Alembert, abandonado de una madre desnaturalizada y recogido por una pobre latonera; Lista, dignísimo maestro en literatura, y director de la juventud más lucida de su época, fué hijo de un pobre tejedor de sedas, oficio que siguió por espacio de algunos años; el eminente escritor D. Juan Eugenio Hartzenbusch, uno de los hombres que más gloria han dado á las letras patrias, uno de los autores contemporáneos que más respeto inspiran á los hombres eminentes en el extranjero, el más laborioso, activo, estudioso y erudito de cuantos rinden culto en España á la bella literatura, y en fin, el hombre de mayor modestia que hemos conocido, se educó en el modesto taller de ebanista de su honradísimo padre, oficio que empezó á aprender y que se complace en recordar en el seno de la amistad.

La sola cita de todos estos hombres ilustres, nacidos en el seno del infortunio, pero que dotados de talento superior, llegaron á ocupar un puesto preferente entre los sábios sus contemporáneos, y han transmitido unos y transmitirán otros sus nombres con gloria á la más remota posteridad, basta para probar lo que nos hemos propuesto, y es que solo la instruccion obra estos cambios, sacando de la nada al más humilde para encumbrarle á los puestos más honrosos.

Si todos estos hombres que tanta gloria han dado á la patria que les vió nacer, no hubieran aprendido y tenido deseos de ilustrarse, no hubieran llegado

donde llegaron; pero como por medio de la instruccion desarrollaron su inteligencia y su inspiracion, se han elevado sobre sus conciudadanos, en lugar de permanecer rústicos é ignorantes, ó de ser simples artesanos que hubieran trabajado en su oficio sin pensar más allá, y hubieran vivido en la oscuridad toda su vida.

Estos ejemplos sirven tambien para demostrar que cada cual al nacer recibe su porcion de inteligencia y que no hay más que ponerla en condiciones de cultivarla, ilustrándola, para sacar todo el partido posible. Para obtener el resultado apetecido es menester sembrar bien el campo de la inteligencia, porque *el que no siembra no coge*; inútilmente esperará el labrador que su campo produzca ópimos frutos, si no le ha regado antes con el sudor de su frente. El estudio, la aplicacion y el trabajo, hacen notables las medianías, mientras que la indolencia acaba por extinguir la luz del génio, y la gloria solo se obtiene merced á largas y fatigosas viglias.

Dejando de apuntar, por amor á la brevedad, otros ejemplos por el mismo estilo depositados en la Historia, nos limitaremos á referir un hecho digno de pasar á la posteridad, no solo porque confirma lo que va consignado, sino tambien porque hermana la utilidad é importancia de la instruccion con el amor filial.

Un Presidente de uno de los antiguos Parlamentos de Francia tenia en su despacho el retrato de un hombre en mangas de camisa, con un gorro blanco á la cabeza y una rodilla atada á la cintura. Uno de sus amigos le dijo un dia que quitara aquel retrato del despacho, porque no era de su conveniencia exponer á la vista de todo el mundo el retrato de un cocinero. El Presidente contestó: «Esa pintura, al parecer tan ordinaria, es la alhaja más preciosa que poseo: ese pobre cocinero fué mi padre. Se privó durante toda su vida de todas las cosas más necesarias á su bienestar, primero para facilitarme los medios de adelantos en mis estudios, y más tarde para darme una carrera á costa de muchos y repetidos sacrificios. Tengo su retrato en mi despacho para que sepan todos quién fué mi padre, y que hay cocineros que valen más que duques y príncipes.»

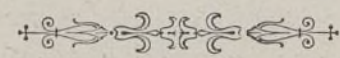
Los conocimientos que se os suministran en la infancia son de la mayor importancia y trascendencia, pues con solo decirlos que la lectura y escritura, son el punto de partida de todas las ciencias, está dicho todo. ¿No comprendéis el inmenso placer que proporciona esa admirable invencion que nos permite comunicar á los ausentes nuestras ideas, que propaga los grandes pensamientos; esa gran invencion que prolonga la vida de nuestros antepasados, pues que en sus escritos vemos la imágen fiel de sus autores? ¿Cómo sin escritura podríamos tener en nuestros dias una relacion exacta de los hechos consumados en épocas anteriores á la nuestra?

Con solo reflexionar un poco se comprenden desde luego los inestimables beneficios que reporta la instruccion. La palabra escrita y pronunciada es lo que verdaderamente distingue al hombre y le hace superior á los demás séres animados.

De poco aprovecharia al hombre la facultad de pensar y concebir ideas, si no pudiera comunicarlas á sus semejantes. Por sumedio, las ideas y los conocimientos que adquiere por su esfuerzo individual, un hombre llega á ejercer dominio sobre sus semejantes, á quienes los comunica, ya de palabra ya por escrito; y solo de este modo puede concebirse que la humanidad haya podido realizar tan colosales empresas, haya hecho tan grandes descubrimientos y haya elevado las ciencias al grado de perfeccion en que hoy las conocemos y que progresivamente crece de dia en dia, gracias á nuevos estudios y á nuevas inducciones. ¿Creeréis vosotros que un hombre solo, por grande que fuera su inteligencia y por asiduo que fuera su estudio, habria conseguido averiguar y saber todos los secretos que hoy conocen las ciencias? No: el caudal de estas, que es inmenso, lo ha formado paulatinamente el concurso de todas las inteligencias y de todas las generaciones. Lo que unos sábios han llegado á descubrir, han podido, por medio del lenguaje y la escritura, comunicárselo al resto de la humanidad: todos los conocimientos que hoy se poseen se transmitirán á su vez por los mismos medios á la pos-

teridad, pudiendo decirse con razon del lenguaje y la escritura, que son los hilos telegráficos que unen y ponen en comunicacion á las generaciones más distantes; por su medio, lo que supieron los sábios más antiguos, Moisés, Aristóteles, Galeno, Salomon, Licurgo, Ciceron y otros mil, cuyos nombres podria citar, ha llegado hasta nosotros y nos sirve de base para continuar el grandioso monumento de la civilizacion y de la ciencia; así como lo que nuestra generacion puede descubrir y adelantar en ese camino, servirá á los que han de vivir en el trascurso de los siglos, para aumentar y perfeccionar el caudal de sus conocimientos.

ANTONIO GUERRA Y ALARCON



EL JARDIN DE LA MADRINA

¡Qué alegre está Magdalena en casa de su madrina!

Ella corre por las salas, por el jardín salta y brinca, una flor aquí desgaja otra deshoja allá arriba, forma acullá una guirnalda para arrojarla en seguida, y así, inocente y dichosa, las horas pasa tranquila.

—¡Feliz edad! ¡Cuán fugaces son los instantes de dicha!

—Ven á mi lado,—la dice su cariñosa madrina;—

hoy que cumplen cinco años que yo te tuve en la pila,

quiero un regalo precioso, como recuerdo del dia,

hacerte, porque no olvides lo que se enseña á una niña.

Toma este ramo de flores blancas, rojas y amarillas,

y atiende, querida ahijada, lo que todas significan.

Yo por tí juré, al llevarte á la sacrosanta pila,

huir del mundo y sus pompas, de sus máximas impías,

de sus torpes tentaciones, de sus infames doctrinas,

de sus satánicas obras y de todas sus falsas.

Seguir la senda gloriosa de la religion bendita

de Jesús y de sus Santos y de su madre María.

Todo esto he prometido, todo en tu nombre, hija mia.

Blancas, cual son estas flores, puras, sin mancha y muy limpias,

sean tus acciones siempre, que Dios las vé desde arriba.

Pudor, candor y modestia, son flores de rojas tintas,

que has de poseer en todos los instantes de tu vida.

Son las joyas de más precio con que se adorna una niña.

Nunca sientas en tu pecho hervir el odio ó la envidia,

que son pasiones que matan el color de las mejillas,

y cual estas otras flores, se volverán amarillas.

Ama á tus padres, que son de tu camino los guías,

y séles siempre obediente, sumisa y agradecida.

No olvides que en este ramo impresa está la doctrina,

que por tí juré observar cuando te tuve en la pila.—

Dijo, y la niña risueña dió un abrazo á su madrina,

prometiéndola guardar las flores toda su vida.

JOSÉ MARÍA MEDINA



EL JARDIN DE LA MADRINA

Ayuntamiento de Madrid

PARA LOS NIÑOS

DE LOS

JARDINES DE LA INFANCIA

El día está sereno,
está brillante el sol,
los pajarillos cantan
sus himnos al Señor.
¡Cuán grande es su alegría!
¡Cuán bella su canción!
Parece coro de ángeles
que ensalzan á su Dios.
Las flores embalsaman
de aroma embriagador,
el purísimo ambiente
de esta dulce region.
¡Qué hermosos sus colores!
Jamás el hombre vió
en las obras del arte
cuadro tan seductor.
Cuando en estos jardines
veo los niños yo,
correr entre las flores
que hermanas de ellos son,
mi corazón se alegra
al ver tanto cándor,
y olvidándome entonces
que todo un hombre soy,
juego como ellos juegan
y hágame la ilusión
de que soy un chiquillo
alegre y corredor.
¡Qué grandes maravillas
tiene la Creación,
para el hombre estudioso
que va del bien en pós.
Infeliz el que ciego
con loca pretension,
llena el alma de orgullo,
en Dios no ve á su Autor.
Cruces desengaños
harán que su razón
entre en el buen camino
y abdique de su error.
¡Oh, Dios de las alturas!
Oye mi débil voz;
escucha la plegaria
que eleva el corazón.
Tú que das á las plantas
vida, gala y verdor;
tú que la tierra mueves
y das la luz al sol,
y prestas al tomillo
rico y fragante olor,
dame paz en la tierra,
ten de mí compasión,
dirige mi conciencia,
inspirame temor.
Y cuando llegue el día
en que el alma veloz,
ansiendo el infinito,
salga de esta prisión,
recíbela en tu seno,
pues que de Ti salió;
olvida las miserias
que en vida alimentó,
llévala á tus regiones.....
dale eterna mansion.

EUGENIO DE BARTOLOMÉ

EL PERRO

El perro es el mejor amigo del hombre, y es además el animal que le ha prestado los más hábiles servicios para conquistar y ejercer su predominio sobre los demás animales. Sin el exquisito olfato que el perro posee, sin la docilidad y obediencia que tiene á su amo y sin el valor y la bravura que sabe em-

plear ó contener á voluntad de su dueño, es posible que el hombre no hubiera podido cazar y domar á algunos de los animales hoy domésticos, y más posible aún que tuviera todavía que compartir el dominio de la tierra con las fieras y los animales dañinos.

Además de la belleza de su figura, ningún otro animal posee la expresión y nobleza de su mirada, hija de su grande instinto y de su penetración para adivinar y asimilarse al gusto de su amo; así es que, en lo general, se puede conocer, sobre poco más ó ménos, el carácter de un hombre por las cualidades de su perro.

Desdeñoso y despreciador, en el palacio del orgulloso magnate; áspero y receloso, en la casa de campo; taimado y desconfiado en el rebaño; dulce y cariñoso, en la tienda de comercio; tímido y zalamero, en la guardilla del pobre, y franco, noble y confiado, cuando su destino es el de perro de cazador.

En ninguna otra raza de animales hay tanta variedad de formas y tamaños como en la del perro; con lo que parece que la naturaleza se ha esmerado en variar sus tipos, con objeto de que, teniendo donde escoger, ninguna familia carezca de tan útil amigo.

Ningún animal más valiente que él, pues á la orden de su amo se arroja sobre enemigos que tienen cien veces su corpulencia; pero ningún otro que solo oponga al castigo que le infiere su amo los lamentos y las súplicas por aplacar su enojo, lamiendo, después de golpeado, la misma mano que le aplicó el castigo.

En la casa, en el campo, donde quiera que se le confie la vida ó los intereses del hombre, el perro los vela constantemente; no duerme, ronda sin descanso para sentir de lejos al que se aproxima, y con sus coléricos ladridos despierta á todo el mundo para que rechace la invasión ó aperciba á reconocer si es amigo ó enemigo el que se acerca; y si llega el caso de luchar, sea con un ladrón, sea con un animal dañino, no le arredra nada y pelea hasta vencer ó morir.

Nunca acabaría de contaros historias en que los perros han sido los protagonistas para salvar la vida á infinidad de personas, ó bien intereses encomendados á su vigilancia, ó para descubrir criminales que ya contaban con la impunidad, ó sirviendo de lazarillos á desgraciados ciegos, que no han encontrado en su desdicha y en su miseria más amigo ni más ayuda que su perro.

¿Y es creíble, sin embargo, por más que lo presenciemos continuamente, que los hombres sean tan ingratos y tan crueles que á un animal de tales condiciones le maltraten continuamente con golpes, con patadas y con castigos inhumanos?

A vosotros sobre todo, á los niños que me estais escuchando, á vosotros es á quien, con especialidad, quiero imbuir el cariño hacia el perro, pues con él no haceis más que pagarle su abnegación, su obediencia y su dulzura.

CAYETANO COLLADO

MISERICORDIA

Del fiero y astuto Herodes,
huyendo las asechanzas,
Jesús, María y José,
tristes, al Egipto marchan.
El sol entibia sus rayos,
suspiran de amor las áuras,
y el inclemente simoun
repliega sus negras alas.
Brotan mil flores el suelo
por dó la familia pasa,
y, revolando en su torno,

nutridas y alegres bandas
de inocentes pajarillos,
dulces trinos la regalan.
Una noche en que, dormida
bajo las amantes palmas
de un oasis peregrino,
de sus fatigas descansa,
dos bandidos la sorprenden
que, desnudando sus dagas,
y acosándola, producen
esta escena desdichada:
—¿Qué haceis aquí? responded.
—Huir la injusticia bárbara
del mundo que nos persigue.
—Dadnos dinero ó alhajas,
si no quereis sucumbir.
—Pobres somos, y sin patria,
aunque el tesoro mayor
del cielo, nos acompaña.
—¿Cuál es?—¡Miradle! Jesús.
—¿Ese Niño? ¡Prenda vana!
Pronto veréisle espirar.
—¡Ay, Niño de mis entrañas!
clama la Virgen, llorando,
y ocultándole en su falda
á los ojos del bandido,
que por herirle se afana.
—¡Piedad! exclama José.
—¡Piedad! la Virgen exclama.
Y el bandido le persigue,
y los esposos le guardan.
De pronto, el otro ladrón
sobre el agresor se lanza,
y, —¡atrás! grita enfurecido,
sirviéndoles de muralla.
—Quien á los niños atenta,
quien á los pobres maltrata,
ni tiene valor, ni puede
gozar fortuna en las armas.
Así dice, y el cobarde,
abandonando en su rabia
al Señor y su familia,
ocúltase en la montaña.
Póstrase el bravo ladrón,
y la Virgen Soberana
le vé hacer una caricia
al Hijo de sus entrañas,
y el Niño, al fin, le sonríe,
y su risa delicada,
es un feliz *Hasta luego*,
del Padre de toda gracia.

No pocos años pasaron
desde aquel día intranquilo
en que la Santa Familia
corriera grave peligro,
hasta que, alzadas tres cruces
sobre el Gólgota sombrío,
eran objeto de escarnio
á un pueblo feroz é incúo.
Espiraba en la del centro
Jesús, Hijo de Dios Vivo,
y de las otras pendían
dos afamados bandidos.
El uno, de rabia lleno,
tan alevé como impío,
al Redentor insultaba,
mientras que el otro, benigno,
contemplando sus facciones,
y hallando gran parecido
con las de un niño precioso
que viera un día en Egipto,
—¡Tente, blasfemo! gritaba,
al que antes fuera su amigo,
que al cielo irrita y ofende
tu lengua de basilisco.
Por criminales, nosotros
merecemos el suplicio;
pero ¿á quién pudo ofender
este Cordero divino?
Y luego, el rostro volviendo,
adoró á Jesús, que dijo:
—Obraste bien. Hoy serás
conmigo en el Paraíso.
El que se apiada, amoroso,

de la inocencia del niño,
encuentra, tarde ó temprano,
á Jesús en su camino.

T. DOMINGO PALACIO

RIMAS

CONTRA LUJURIA, CASTIDAD

I

¡Que horror! Sobre pobre lecho,
mensajero de la muerte,
yace el cuerpo, casi inerte,
de César. ¡Pobre doncel!
Allí con vergüenza cobra
del placer el digno precio,
de los hombres el desprecio,
del dolor la amarga hiel.

Solo le resta un recuerdo
de su juventud lozana:
muere, como flor temprana,
de su capullo al brotar;
Su corazón embriagaron
del placer las auras leves;
fueron sus delicias breves,
quizá eterno su llorar.

¡Ay! que el placer sin medida
es enemigo insidioso;
mas se muestra cariñoso
cuando es traidor y cruel.
Roba del cuerpo la sávia
con mentidas ilusiones,
y mata los corazones
de la dicha en el dintel.

¡Pobre jóven! Causa espanto
su demacrado semblante;
de cadáver repugnante
es el color de su faz.
Sólo espíritu le queda
para maldecir su suerte.
—¡Cuanto tardas!... dice, ¡oh, muerte,
en devolverme la paz.

—Adios, mentidos placeres,
adios, adios, vicio inmundo,
¡qué traidor eres, oh, mundo!
¡Piedad, Dios mio, piedad!—
Dijo, y lanzando un suspiro,
que el mundo escuchó con calma,
rápida voló su alma
al centro de la verdad.

II

Hermosa doncella penetra hasta el lecho,
y fija su vista con raro interés,
profundo suspiro ahoga en su pecho,
y cae de rodillas y ora... ¿quién es?

Su vista tranquila suspende y encanta,
su frente revela del justo el candor,
su dulce sonrisa los males espanta,
sus labios murmuran palabras de amor.

Es ángel divino bajado del cielo,
es flor delicada de olor virginal,
nacida entre espinas, criada entre hielo,
es fruto precioso de amor celestial.

Su aroma fragante, que alhaga el sentido,
los males ahuyenta con rara bondad,
virtud, es, humilde, de precio subido;
es... *contra lujuria, santa castidad.*

ANDRÉS CASADO

DÉLIA Y LA VOLUNTAD

CUENTO

(Continuación)

—Perdonad, padre... por vos lo hice.

—Te creo, José, y Dios te recompensará por tu buen corazón. Ahora, da un beso á tu hija, que la pobre se halla acongojada, pues ignora si ha hecho mal ó bien.

—¡Hija mia! exclamó José, dándola al propio tiempo una multitud de besos en sus sonrosados carrillos.

—¿Me perdonas? exclamaba Délia en el colmo de su alegría.

—¿Y cómo no, hija, si has dicho la verdad?

—¡Oh, eso ya lo sabia! dijo sumamente satisfecha.

Este tierno diálogo fué interrumpido con la llegada de Marcela, que traía sobre sus hombros un mantel de algodón, y en las manos una cazuela de barro cocido, por cuya cobertera salía una espesa humareda agradable al olfato.

Detrás venia un mocetón del molino cargado con otra mesa de pino, que colocó en medio de la sala y enfrente al anciano y Délia, desapareciendo, después de hecha esta operación, por la escalera.

—Hoy comeremos aquí, á fin de que nuestro noble huésped no se moleste con tanto subir y bajar escalones, dijo Marcela, ínterin cubría la mesa con el blanco mantel.

Délia comenzó á frotarse sus lindas manos al divisar la cazuela.

—¡Oh, y qué buen olor!... ya vereis, abuelito, ya vereis qué ricas están las sopas. Como que las ha hecho mamá, y en toda la comarca aseguran no hay otra que sepa confeccionarlas tan bien.

—¡Embusterilla!... contestó Marcela, dándola un papirotazo en su pequeña nariz.

—¡Oh, sí!... creedme á mí... á mí sola.

—¡Sí que te creo, hija mia, le contestó el anciano.

—¡Ea! replicó José, que hasta entonces habia permanecido silencioso, y riéndose del giro de aquella escena... á comer, padre mio. Su bendición aguardamos... dádnosla con la voluntad que nosotros os ofrecemos nuestra humilde colación.

—¡Sí, hijos míos!... con toda mi voluntad os la doy... y diciéndolo, bendijo las sopas; y felices José y Marcela, por la buena obra que hacían, Délia por encontrarse aún en las rodillas del buen anciano, y éste por el beneficio que recibía, comenzaron á comer.

Terminada la sopa, el silencio que hasta entonces reinó, fué interrumpido por la cascada voz del peregrino, que tomó la palabra, en estos términos:

—¡Hijos míos! vuestro generoso proceder llena mi alma de una alegría inefable, y no encuentro frases con las que expresar mi profundo agradecimiento... ¿pero, qué digo? si no me es posible con palabras, con obras lo haré... Ya es tiempo que el misterio que me rodea deje de serlo para vosotros, y no dudo que este rasgo de confianza llenará vuestros corazones de los mismos sentimientos que al mio animan...

Marcela y José miraron con extrañeza al anciano.

—Padre, repuso la primera, nuestros corazones gozan en este instante por la buena obra que hacemos, teniendo la convicción de que Dios, el autor de nuestro ser, á quien adoramos, la ve, y no deja de leer en nuestras almas, que ningún móvil interés nos guía á ello...

—Lo creo, hija mia, lo creo, y por ello, yo que soy el espejo refractor del Sumo Acedor, el espíritu de su infinita bondad, quiero premiaros en su nombre, puesto que os habeis hecho acreedores á su omnipotente gracia, tanto tú y José, como mi tierna Délia, de la que os prometo no separarme jamás.

—¡Eso! ¡eso quiero yo, abuelito! dijo Délia, con infantil júbilo.

—Pero, ¿quién sois vos? preguntó José con ansiedad.

—Soy... contestó el anciano solemnemente... ¡Miradme!... *¡La Voluntad!*

Un cuadro magnífico, deslumbrante, se presentó ante la turbada vista de los molineros y de la niña Délia, que se vió en los brazos de un apuesto doncel que la acariciaba.

La pequeña sala, iluminada por extraño resplandor, y la atmósfera saturada por odoríferos aromas, em-

bargaban los sentidos de nuestros personajes, y como movidos por un oculto resorte, cayeron de rodillas ante aquella mágica visión que se les presentaba, entre tanto que la pobrecilla Délia, asustada de aquella instantánea transformación, lloraba desesperadamente.

El anciano peregrino, ó *La Voluntad*, que uno mismo era, encubierto con aquel disfraz, sonreía á la vista del sencillo asombro de sus protegidos y de la tierna Délia.

Después de un corto instante, y convencido *La Voluntad* de la veraz veneración que le prestaban, con una voz sonora y varonil, dulce y clara, que sonaba en los oídos de los asombrados José y Marcela, más melodiosa que las notas arrancadas dulcemente á una flauta de cristal, más que las célebres melodías del alemán Schubert, el fingido anciano comenzó á hablar de esta manera:

—¡Amigos míos! levantaos del sitio que ocupais, indigno de la consideración que me prestais, y venid á mis brazos, que es vuestro lugar, cual lo está en este instante mi querida Délia, deshaciéndose en un mar de lágrimas...

—¡Oh, tengo miedo!—repetía la pobrecilla.—¿Quién eres tú?... ¿Y el abuelo, dónde está?

—Yo soy, niña mia, y no tengas temor alguno, porque te quiero tanto como él... consuélate, deja de llorar, y escucha lo que te voy á decir:

Délia, no repuesta aún de su espanto, procuró contener sus sollozos, y fijó sus grandes ojos en el varonil semblante de *La Voluntad*.

Este, después de abrazar y hacer sentar á su lado á Marcela y José, comenzó de esta manera:

ADULFO J. DE GUMUCIO

(Se continuará.)



LA VIDA

Á LOS PEQUEÑOS LECTORES DE ESTA REVISTA

DOLORA

Cuando se empieza á vivir,
del mundo la paz al ver,
reímos, por no saber
otra cosa que reir.

Vemos los años pasar,
y así, paulatinamente,
nuestro pecho angustia siente
aprendiendo á suspirar.

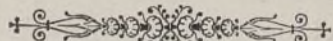
Poco á poco, sin sentir,
tras del fingido alborozo,
casi nos ahoga el sollozo
que nos enseña á gemir.

Y agobiados de pesar,
con el peso de los años,
rebotando desengaños,
aprendemos á olvidar.

¡Olvidar! Y aún el morir,
me atreviera á asegurar,
que es escaso de olvidar....
olvidarse de vivir.

.....
¡Vivir! Si empieza en reir,
niños, sigue en suspirar;
luego, en gemir, olvidar,
y tras de todo, en morir,
que es de un sueño el despertar.

ALBERTO DIAZ DE LA QUINTANA



PENSAMIENTOS

El cariño de una madre
no debe llamarse amor,
sino edem, ó gloria, ó cielo,
visto ser cosa de Dios.

El consuelo es dulce bálsamo
que destila la esperanza,
para curar las heridas
que hizo la pena en el alma.

La bondad es dulce madre
de sonrisas y de bienes
que, cual la flor, sus perfumes
doquiera de sí desprende.

La risa no es otra cosa
que un baile de nuestra cara,
al compás de alegres sonos
que brinda á veces la gracia.

Lealtad es campo abierto,
cuyas sendas despejadas
ofrecen un paso libre
de recodos y asechanzas.

Virtud es roca de mármol
en medio el mar de los vicios,
que sólida siempre y blanca
rechaza firme sus brios.

La nobleza es de oro puro,
el fondo de algunos pechos,
con el cual no se fabrican
sino prendas de altos precios.

La vanidad es la espuma
que hace pompas sobre el agua,
y la modestia es la perla
que al fondo del mar se baja.

La humildad es la semilla
de que brotan tantas flores,
que gustando ser pequeña
bajo de tierra se esconde.

La dignidad es un templo
que el hombre moral se eleva,
en cuyo altar es él mismo
quien primero se presenta.

ALFONSO E. OLLERO

TEATROS

La señorita Mendoza Tenorio debe estar aún agradablemente impresionada, por las muestras de aprecio y distincion que la dispensó el público madrileño, la noche de su beneficio en el teatro Español.

El vergonzoso en palacio, esa obra maestra de nuestro Tirso de Molina, dechado de discrecion, como diria cierto crítico literato, fué la escogida por la jóven y simpática artista para hacer las delicias de sus admiradores, la noche del 3 del actual.

La señorita Mendoza Tenorio es una consumada actriz, y su corazon es de oro, tanto en las tablas como fuera de ellas.

Excuso con esto decir que su triunfo fué universal.

Como las brisas primaverales ván trayendo en pos de sí los recuerdos del estío, los beneficios se suceden sin interrupcion en todos los coliseos de la córte.

Van terminando las temporadas, y hay que dar á los artistas el premio de sus desvelos.

He asistido el 5 al Salon Eslava. Verificábase el beneficio de D. Gerardo Peña.

Zamacois, el popular y simpático Zamacois, puso por milésima vez una pica en... *El toro de Gracia*, humorada que sin duda se le ocurrió al Sr. Palacios para hacer reir hasta á los muertos.

Despues, representóse el juguete del Sr. Navarro Gonzalvo, *Dos horas de angustia*, que fueron dos horas de delicia para los que tuvimos el placer de estar presentes al espectáculo.

El Sr. Peña se portó como un héroe.

Estuvo á la altura que el asunto reclamaba.

Por último, Vico y la Contreras aparecieron en escena, á representar el drama *Arte y corazon*.

Los nombres de los dos insignes artistas bastan para servir de pincelada maestra al brillantísimo cuadro que aquella noche ofreció el elegante salon del pasadizo de San Ginés.

El colaborador de LA ILUSTRACION DE LOS NIÑOS, D. José Estremera, es el autor del juguete *Ganar tiempo*, estrenado con grande aceptacion no ha muchas noches en la Alhambra.

Sin pretensiones, ligero y chispeante, *Ganar tiempo* es un juguete que sabe ganar dinero á la empresa del coliseo de la calle de la Libertad, y aplausos para las señoras Tubau y Valverde y el Sr. Romea.

Hasta en su fondo se encierra bastante sentido moral, lo cual no es, por cierto, la base fundamental de este género de producciones.

La Alhambra está siendo de moda, y á ello la hacen acreedora los artistas que allí actúan, con gran complacencia del público.

El Sr. Luján, alma del teatro de Variedades, tuvo tambien su correspondiente beneficio.

Baste decir que era Luján el beneficiado, y ya podrán figurarse mis lectores los aplausos y obsequios que recibió.

El juguete *Sobre la pista*, obtuvo un éxito que ha de dar muchas entradas al teatro de la calle de la Magdalena.

El Circo de Price, ó más bien de Parish, sigue estando favorecidísimo del público.

Verdad es que su propietario y director se esmera por servir á sus abonados, y que cumple espléndidamente los ofrecimientos de su programa.

No es extraño, pues, que todas las noches acuda á dicho circo lo más selecto del público de esta capital.

Merece mis plácemes el Circo de Price.

ADELINA MARK

CRÓNICA

En la sesion celebrada por la Sociedad Económica Matritense de Amigos del País, el sábado 10 del actual, ha sido concedida por unanimidad á nuestra Revista LA ILUSTRACION DE LOS NIÑOS, la Medalla de oro.

Las leyes de la modestia nos impiden hacer consideraciones sobre tan alta distincion.

Contamos desde este número entre nuestros colaboradores al eminente violinista D. Pablo Martín Sarasate, y á los renombrados literatos y autores dramáticos D. Juan José Herranz, D. Carlos Coello, D. José Velarde, D. Juan Antonio Cavestany y don Manuel del Palacio.

BIBLIOGRAFÍA

La Biblioteca Enciclopédica Popular Ilustrada, que con tanta aceptacion publica el editor D. Gregorio Estrada, acaba de enriquecerse con el tomo 26. Titulase la nueva obra *El libro de la familia*, formado por Teodoro Guerrero. El título del volumen y el nombre del autor responden de la idea; el Sr. Guerrero, segun explica en el prólogo, ha recopilado los mejores versos de nuestros primeros poetas de España y América para probar que la verdadera inspiracion arranca del alma, que el sentimiento de la familia se sobrepone á todo en el hombre. Es un libro necesario para el hogar, que con el dolor y el sentimiento ajenos hace llorar y sentir al lector. ¡Hijo! ¡Esposo! ¡Padre! ¡La familia! Hé aquí la síntesis del libro.

No cesaremos de llamar la atencion de nuestros lectores sobre la utilidad de estos libros y á lo económico de su precio.

La forma es igual á la de todos los de la Biblioteca;

consta de un tomo de 224 páginas en 8.º, papel especial higiénico, y clara impresion, completándolo una caprichosa cubierta al cromo.

Suscribiéndose á la Biblioteca, cada volumen cuesta cuatro reales, y los tomos sueltos se venden á seis, en la administracion, calle del Doctor Fourquet, 7, Madrid.

Próximo el tiempo en que en la mayor parte de los templos, capillas, colegios y casas particulares se obsequia á la Virgen María con el devoto y tierno ejercicio de las *Flores de Mayo*, nada más propio y útil que indicar á los numerosos suscritores de LA ILUSTRACION DE LOS NIÑOS, la conveniencia de que adquieran el libro de dichas *Flores de Mayo*, que ha escrito nuestro colaborador el eminente poeta P. José Antonio García de la Iglesia, sacerdote de las Escuelas Pías de Castilla. Este librito, de 128 páginas, está compuesto en verso, con variedad de metros, formando un conjunto precioso, en que á la par que la fé ardiente del cristiano, resaltan la inspiracion y la maestría del poeta lírico con todas sus galas y elevacion de pensamientos.

Véndese al precio de 2 rs. en toda España y 3 en el extranjero, franco de porte, dirigiendo los pedidos al autor, Escuelas Pías de San Fernando, Meson de Paredes, Madrid.

SOLUCION

A la charada del número anterior.

Me-di-na.

CHARADA

De dos todo hago una tres,
y así cazando me ves.



JEROGLÍFICO

(La solucion en el número próximo.)

R. Velasco, impresor, Rubio, 20